

armado.—Jesucristo vence al Sísara del abismo con sus propias armas.—Se vale de la mujer y de la Cruz.—Le obliga á bajar de su carro.—Le abandona en manos de María para que le sujete en el abismo.—Tribunal de María Dolorosa y triunfante.—Resuelve, como Débora, todos los litigios de su pueblo.—Todos acuden á Ella, como á Débora.—Historia.—La Orden de los Servitas.—Su influencia social.—El número y calidad de sus hijos.—Comparación numérica con las tribus de Zabulón y Nephthalí, en el hecho del Libro de los Jueces.—Italia.—Alemania.—Francia.—España y Portugal.—Resultados de esa victoria.—Pacificación de Italia, Flandes y los Países Bajos.—Total expulsión de los sarracenos en España.—Conquista del Nuevo Mundo.—Entrada en la Orden de los jefes de partidos y bandos, y de todas sus familias.—Palacios convertidos en monasterios.—Reinas y Princesas en Siervas de María Dolorosa.—Rendición del Rey de Bohemia á Rodolfo I.—Salud del gran Leopoldo, en su infancia.—Europa declarada en favor de los Dolores Gloriosos de María.—El pecador rendido y buscando asilo en la tienda de la nueva Jahel.—El sueño de la gracia y de la transformación.—La muerte del pecado, por los Dolores.—Cántico de Barac y Débora.—Súplica.

SERMON

DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO.

Demisit ergo eos per funem de fenestra... et appendit funiculum coccineum de fenestra.

Descolgólos, pues, con una soga, desde la ventana.... y dejó colgado el cordón de color de escarlata, de la ventana.

(Josué, II, vs. 15 y 21.)

Después de cuarenta años de marcha por el desierto, el pueblo de Dios se acercaba por fin á los límites de la prometida tierra: de toda la multitud sacada de los duros trabajos del Egipto, tan sólo dos hijos de ese pueblo misterioso, Josué y Caleb, debían, según la palabra divina, sobrevivir y penetrar al frente de Israel en el país cananeo: el Éxodo, el Levítico, Los Números y el Deuteronomio, con sus leyes, y sus preceptos, y sus hechos, y sus milagros, constituían, con el Génesis, la base de la inspirada biblioteca de ese pueblo, hasta entonces trashumante, como la tienda del árabe, sobre los mares de arena agitados por el *simoun* de las vastas y silenciosas soledades, despojadas de vegetación y de vida: y comenzaba el Libro Sagrado de Josué, con sus batallas y sus grandezas, y el paisaje delicioso de la tierra de Canaam, con sus precoces frutos, con su naturaleza espléndida, con sus hombres gigantes, ceñida por su Jordán caudaloso.

Jericó, la bien murada, era la plaza primera que debía ser objeto del ataque de los escuadrones israelitas, una vez atravesado el Jordán: desde lo alto de sus defensas, los incircuncisos contemplaban atónitos la muchedumbre, que viniendo del desierto, había franqueado las alturas que servían de doble barrera á sus términos, y habían escuchado el estruendo de los combates, en los cuales quedaron tendidos los poderosos monarcas amorreos Og y Sehón, ante el invencible empuje de las falanjes de Israel, y se preparaban no obstante á resistirlos, cuando Josué, hijo de Nun, enviaba dos exploradores más esforzados que aquellos que trajeron al campo israelita el colosal racimo de las orillas del Nehel-Escol, para que penetrando en Jericó, adquirieran todos los antecedentes posibles acerca de la situación de la plaza y sus defensores.

Riesgo inminente, en verdad, corrieron aquellos dos atrevidos espías; pero la intervención providencial de una mujer de aquel pueblo, no menos esforzada que sus huéspedes, vino á dar, como sabréis, cima feliz á tan colosal empresa: Dios, en cuya mano están los corazones de todos los hombres, había tocado con su dedo omnipotente el de Rahab, la fuerte, y después de ocultados á las pesquisas de sus perseguidores, burlando con sagaz astucia su exquisita diligencia, los hace descolar por el muro adyacente á su morada, no sin confesar antes la gloria del Señor de los ejércitos, profetizar sus victorias en aquel país, y pedirles, bajo el más solemne juramento, la salvación de su casa y familia, en la próxima destrucción de la ciudad, cuyos muros han de desplomarse ya pronto al sonido de las trompetas sacerdotales y á la vista del Arca Santa, que abriera antes las aguas del Jordán, formando doble muralla en ellas, mientras el pueblo escogido las atravesaba pisando sobre su cauce.

¿Quién es esta Rahab, hermanos míos? ¿Qué significa esa ventana misteriosa y esa casa fundada sobre el muro, y esa cuerda que sirve de escala para la descensión de los exploradores, y ese cordón de escarlata, en fin, que colgado de ese

mismo alféizar sirve de señal para el salvamento de la morada, en cumplimiento de la solemne misericordiosa promesa?

Pues significa el Santísimo Rosario de María, á la que Rahab simbolizaba, por muchos y elevados conceptos: pues significa á Aquella que en esta advocación, mejor que en ninguna, es apellidada por la Iglesia *Puerta del Cielo*; pues significa las victorias obtenidas por los ejércitos y pueblos cristianos bajo esa devoción admirable, y singularmente española: pues significa, para concluir ya, *el cordón del Santísimo Rosario, sostenido por María, Rahab del Testamento Nuevo, desde la ventana de la Jericó celestial, teñida en la sangre de su Divino Hijo*, en la consideración de sus tres clases de misterios, que encierran para los católicos, y especialmente para los españoles, *las glorias del pasado, los dolores del presente y los gozos del porvenir*.

Madre amantísima del Rosario, los compatriotas de Domingo de Guzmán se postran á tus pies hoy, conmigo, para meditar, un instante siquiera, sobre los frutos de esa devoción que les inspiraste: asístelos á ellos todos, y sobre todo á mí, para que sea encendido en sus pechos el santo amor del fuego mariano y patrio, mientras todos te saludamos con las palabras del Angel.

AVE MARÍA.

Poco hablaré de las glorias del Rosario, en general, porque son universalmente conocidas, y en todo su valor inefable apreciadas; y me fijaré tan sólo, al considerar los misterios gloriosos del mismo, en la cualidad de exploradores de esta devoción augusta, que ha honrado siempre á los españoles, constituyéndolos, como en todo lo referente á María, en la más preciada vanguardia, y en centinelas los más expuestos y avanzados, de la grandeza, del amor y del culto á la excelsa Soberana de los Cielos.

Resucitaba apenas el pueblo español, como un solo hombre,

de la cautividad sarracena de los siete siglos, atravesando desiertos de infortunios, de lágrimas, de luchas y de sufrimientos, cuando Dios, que había resucitado con él las más celebradas imágenes de María, sepultadas con su pesada grandeza, quería elevarle, por medio de una ascensión sublime y prodigiosa, sobre todos los pueblos de la tierra, valiéndose para este fin del Rosario, y ordenándole, cual otro Josué, á los exploradores, que pasase á inspeccionar nuevas tierras cananitas, donde se profanaba por incircuncisos su santo nombre.

Simeón de Monforte peleaba y vencía, es verdad, con denodado esfuerzo, en los bosques de Albi; pero Domingo de Guzmán, en representación del pueblo hispano, explorador de la tierra, consideraba la ciudad inespugnable de Jericó, y apreciaba debidamente sus defensas, y encontraba por fin á Rahab, y descansaba cerca de ella á sus pies, y se descolgaba al campo de los albigenses por su cordón, y recibía de manos de María, por fin, desde las ventanas del Cielo, esa preciosa cinta de escarlata que debía ser la señal de salvación para la sociedad, la familia y el individuo, á la vez que la señal de la elevación para su patria y la completa destrucción de la formidable herejía.

Dejadme ahora aplicar, en brevísima síntesis, hermanos míos, para no prolongar indebidamente mi pobre y mal pergeñado discurso, los tres restantes Misterios gloriosos del Rosario de María á la situación especial del pueblo español con respecto á sus glorias, por desgracia pasadas, en virtud de esta devoción admirable; dejadme que le admire triunfando en Lepanto y en Corfú, salvando á la Europa del islamismo, bajo la enseña de D. Juan de Austria, conservada como gloriosa reliquia en la Santa Primada Iglesia de Toledo; dejad que el nombre de ese caudillo, comparado con el del Precursor por San Pío V, y de ese pueblo aclamado por Doria y los venecianos ante la presencia de Cervantes, gloriosamente manco á bordo de su galera, se extienda por toda la tierra como el nombre del pueblo de Israel, vencedor de los amorreos en toda la

de Canaam, según la feliz expresión de Rahab, y como el nombre de Dios es oído por todos los pueblos y conocido en todos los idiomas en la venida del Espíritu Santo en aquella suprema asamblea presidida por la Madre del Crucificado; y venid, por un solo momento, á seguir contemplando la gloriosa Asunción de María, que es llevada por los españoles, los primeros en la devoción y extensión de su Rosario, al inmenso cielo de sus glorias, de sus grandezas y de sus conquistas, y coronada en todas ellas como Reina y Señora de esta poderosa y temida patria nuestra, en cuyos dominios jamás se ponía el sol, obediendo al Josué Divino, que le detenía en su majestuosa carrera para alumbrar, sin intermisión, los triunfos de nuestras armas, victoriosas en todos los climas y en todas las latitudes.

Italia era casi nuestra, por el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba; los Países Bajos reconocían nuestro invencible poder bajo la dominación del Duque de Alba; Francia se estremecía en San Quintín, Pavía y Ceriñola, y nos enviaba á la torre de los Lujanes á su esforzado monarca Francisco I; Colón, Hernán Cortés, Pizarro, Legazpi, exploradores del Rosario y del pueblo español en un nuevo mundo, cubrían de inmarcesibles laureles el sagrado cordón de la ventana de Rahab, en Tlascala, en Otumba, en Veracruz, en Quito, en Tucumán y en Santa Cruz de la Sierra: entre grandezas y milagros, solamente comparables á los del Sagrado Libro de Josué en la conquista de la prometida tierra, el poderoso imperio de Méjico se entregaba, el Perú se rendía, las Filipinas eran conquistadas..... el terror paralizaba las muchedumbres, y aflojaba el arco entesado y embotaba la envenenada flecha del indio; sus dioses eran impotentes, y nos entregaban la tierra, según la frase del Libro que estamos comentando; porque nosotros, á sus ojos, éramos acaso hijos de esas mismas divinidades, monstruos, armados de los elementos destructores, por el Cielo.

¿Y sabéis cuál era el secreto de todo esto? El Rosario, sí; el Rosario, que era ya hacía algunos siglos nuestro pabellón nacional, arrollado por D. Juan de Austria, al palo mayor de

su nave capitana: el Rosario, que ostentaban nuestros embajadores en la corte de los Luises XII y XIV, tan temida y poderosa en los consejos europeos: el Rosario, que extendíamos á la par de nuestras conquistas, y que constituyendo en nuestra patria el más valioso y preciado adorno de nuestras damas, estaba ya hasta en manos de las del Mogol, desfilando las japonesas en ordenadas y devotas procesiones, llevando entre ellas sus rosarios de cristal, sin temor á las iras concentradas de los bonzos y de los sacerdotes de los ídolos, como las dinastías y las cortes de Escocia y de Irlanda, y los hijos de ese noble pueblo sacrificado al furor de la Reforma, no soltaron jamás ese divino cordón de entre sus dedos, llevado por María Estuardo al cadalso, y por sus vasallos á las ruinas de las abadías, en el tiempo de la persecución, para rezarlo allí, nuevo pueblo de las Catacumbas, entre los sepulcros de sus Santos, como la única expresión que le restaba ya de su culto, de su y de su fortaleza cristiana.

Mas permitidme ahora cambiar de metro; consentidme que arroje ya en un torrente de lágrimas, de mayor caudal que el Jordán abierto para la gloria de un pueblo fiel y creyente, la alegre cítara, el arpa y el salterio del coronado Profeta, para tomar en mis trémulas manos la triste y enlutada lira del Profeta del dolor: dejadme afirmar con Job, el doliente y angustiado, que mi cítara se ha convertido en luto, y mis acentos de inspirada alegría en voces y sollozos de dolor: ¿cómo se sienta, sola y abandonada, la ciudad antes populosa? ¿Por qué está viuda la Señora del universo? ¿Cómo es tributaria y esclava, y despreciada y abyeeta la que antes dominaba en dos mundos?

Nos faltó la oración, mis hermanos, la oración en el huerto predilecto de María, en el huerto cerrado, cuyas salidas eran, especialmente para nosotros, su pueblo siempre querido, el Paraíso de la gloria y de la grandeza: que ese Rosario, que esa oración enseñada por María á Domingo de Guzmán en la cueva de Albi, entre penitencia y maceración, gemidos y oraciones, como la oración dominical á los discípulos en el monte, antes,

y como proemio de la oración del leproso; que esa oración, que en esos tiempos de gloria ya pasada para nosotros, era la oración del palacio y de la choza, del templo y del hogar, del pobre y del rico, del venturoso y del triste, del ejército y del pueblo, de la familia y del suelo español, en fin, ha desaparecido de entre nosotros, y con ella la gloria, la felicidad y la nobleza característica de este pueblo, y su unidad católica y nacional..... todo: rota esa cinta, desatado ese cordón, teñido en la sangre de Dios, y en la sangre de nuestros abuelos, se han desbordado por completo todas las malas pasiones, y ya no hay patria, ni familia, ni hogar, ni afectos íntimos, ni sentimientos nobles y cariñosos: sudamos, y sudamos con pena sangre que se desperdicia lastimosamente en nuestras contiendas civiles; y sufrimos crueles azotes, interiores y exteriores, de propios y extraños, é imposiciones arbitrarias y humillaciones inconcebibles para el duro y altivo carácter español, y las sufrimos fuertemente amarrados á la columna de nuestra soberbia, de nuestra indiferencia, de nuestro egoismo, de nuestra vida material, voluptuosa y sibarítica; y se han levantado entre nosotros gigantes como los espantables amorreos, gigantes de disolución y de placer, asquerosos y glotonos como Beet el ídolo de los babilonios, gigantes ídolos de la impiedad y del oro, y no los hemos sabido vencer, ó mejor dicho, se han levantado á nuestras espaldas, del otro lado del Jordán, cuando ya los teníamos tantas veces vencidos y nuestros; y no caen las murallas de Jericó, ni se abren las corrientes del Jordán, ni hay Rahab salvadora, ni cordón de auxilio para los pocos y pobres exploradores católicos que van quedando en esta tierra de santos, de héroes y de sabios, porque nos falta el Arca Santa de las tradiciones, simbolizada en no pequeña parte, en esa oración santísima; porque los alienígenas, en fin, antes esclavos nuestros, se llevan nuestros tesoros de fe y de poderío y de grandeza; y como no tenemos la vara de Moisés, abrumados por las plagas de lo alto, venimos, en fin, á anegarnos, con toda nuestra preciosa ilustración y adelantos y progreso,